

# La imaginación conservadora

GREGORIO LURI

Páginas: 344

Editorial: Ariel

PVP: 17,90 €

ISBN 13: 978-8434429611

## LA IMAGINACIÓN CONSERVADORA



Gregorio Luri es doctor en filosofía por la Universidad de Barcelona, columnista y autor de una quincena de libros sobre filosofía, política y pedagogía. Pues bien, a pesar de su dilatada carrera como ensayista sorprendió a su editorial, Ariel, al plantearle la necesidad de un libro en defensa del conservadurismo en España. Luri se define como neoconservador y en *La imaginación conservadora* expone en un interesante ensayo literario-político la distinción entre conservadores y reaccionarios, un análisis sobre la democracia contemporánea, una reflexión sobre la libertad y, por supuesto, las razones que le llevan a su defensa del conservadurismo. El autor se vale de las obras de un amplio número de pensadores de todo el espectro político; también recurre a anécdotas personales y ejemplos de casos de actualidad. En su conjunto, ofrece una aportación valiosa para delinear un conservadurismo adaptado a nuestro tiempo –aunque, como veremos, también muestra algunos puntos débiles.

Luri desmarca su idea de conservadurismo de lo que denomina ‘paleoconservadurismo’, referido a aquel que apoyan los conservadores perdidos en la nostalgia del pasado (p. 28). Para el autor, el pensamiento conservador debería ser, recordando las palabras de Jaime Balmes, aquel que “ni desprecie lo pasado, ni desatienda lo presente, ni pierda de vista el porvenir” (p. 29).

Cabe destacar la marcada influencia de Aristóteles y la defensa de los valores republicanos. En este sentido, y con buen criterio, el autor cuestiona la idea defendida por los contractualistas de un previo estado de naturaleza en el que no existía ningún tipo de organización política. Y en el que, en un punto determinado, los seres humanos decidían darse una serie de reglas comunes para poder vivir en sociedad. Para Luri, el estado de naturaleza es la política y no existe ser humano aislado de ella. Además, siguiendo la concepción ética aristotélica, el bienestar de la comunidad va intrínsecamente ligado al nuestro (p. 50). A su vez, también podríamos recurrir a la *Política* de Aristóteles para apreciar la importancia que le confiere a la familia como ámbito de copertenencia básico.

Este argumentario culminará en uno de los conceptos clave del libro: la *politeia* definida como la pluralidad de hombres cohesionada en una comunidad política que dota de un temperamento propio a un país (p. 58). Todas las *politeias* surgen de un fondo común, sin haber sido previamente programadas, como si se desarrollasen a través de una música compartida. Esto es clave, porque el autor defenderá, frente a los cambios radicales de los revolucionarios, la importancia de la espontaneidad y la transmisión (otro concepto clave para los conservadores) en la aparición de los buenos hábitos, la moral y el Derecho.

Además, y éste es uno de los puntos fuertes de la obra, el autor ofrece una firme crítica del historicismo. Contra aquellos que defienden la existencia de un proceso histórico más o menos lineal que ha de alcanzar un punto de culminación, considera que la perspectiva conservadora ayuda a rebajar el tono a cualquiera que crea haber encontrado el momento absoluto de la Historia (p. 276). Valorar los hechos del pasado simplemente como una forma de contribución a la actualidad –nos dice Luri– nos incapacita para entenderlo tal y como éste se entendía a sí mismo; y si no lo entendemos cómo se entendía a sí mismo, en realidad no lo entendemos bien (p. 278).

Por otro lado, es enorme la relevancia que le otorga al patriotismo, considerado como el único valor republicano al alcance de toda la ciudadanía (p. 295). Su idea de patria está estrechamente ligada a la de *politeia*, entendiéndose como un proyecto común en la que sus miembros eligen cada día vivir juntos haciendo revivir la herencia colectiva que han recibido (p. 321). Además, resulta especialmente interesante la visión crítica del autor respecto del patriotismo de alardeo y discrimina-

torio. Esto lo ejemplifica de forma excelente a través de una cita de Richard Rorty: “Es importante recordarle a un país los motivos que tiene para sentirse orgulloso de sí mismo, sin olvidar los que pueda tener para sentir vergüenza” (p. 326).

En la exposición de Luri es troncal la crítica al hombre psicoterapéutico y al emotivismo dominante que forman parte de la *teatrocracia* (noción proveniente del Platón de las *Leyes* que remite al régimen de los espectadores de su ciudad y de sí mismos, entregados a una suerte de teatro político). Luri describe al hombre contemporáneo a partir de su incapacidad para gestionar la figura de sí mismo (p. 189) lo cual, generalizado, da lugar a la cultura de la emotividad pública y la imposición de lo políticamente correcto donde nadie se siente cómodo atribuyéndose responsabilidades (p. 201). Además, la exigencia de buscar ser la mejor versión de uno mismo nos convierte en victimarios dentro del marco de una *razón victimológica*: razón que se da no por el razonamiento sino por la victimización, teniendo más razón quien más víctima es.

Nos hace reflexionar la concepción pesimista de los seres humanos que desarrolla Luri. Como decía El Tostado, obispo de Ávila, en su obra *El gobierno ideal*: “Dios nos ha creado imperfectos y nos ha dejado sin leyes” (p. 71). El conservador entiende que los seres humanos somos imperfectos y que no podemos aspirar a goberarnos de forma perfecta. A lo único que podemos aspirar es a buscar la mejor ley para todos a través del consenso. Es por este motivo, y no por una cuestión de justicia, por la que el ser humano está obligado a obedecer las leyes. Con esta idea, Luri ataca directamente la concepción rousseauiana del buen salvaje.

El ensayo analiza el origen del conservadurismo como una respuesta a los revolucionarios franceses de 1789, que quisieron romper con su tradición al creerse los indudables protagonistas de la Historia. Pensadores conservadores del siglo XVIII tomaron una postura contrarrevolucionaria, argumentando que la razón proclamada por los revolucionarios era incompatible con las atrocidades de Robespierre y los jacobinos (p. 15). Para el conservador, toda revolución está cargada de creencias prejuiciosas (p. 16), que nos obligan a plantearnos si somos capaces de mejorar nuestra situación como consecuencia de trascendencias (p. 17) o cambios de arriba abajo (p. 18), por lo que ante todo deberán evitarse las adversidades revolucionarias.

Entre estas creencias prejuiciosas hay que contar las “mentiras nobles” de los revolucionarios, quienes narran “cuentos de hadas” (p. 16) donde ofrecen una forma de condición humana ajena a nuestro conocimiento colectivo, construido generación tras generación a base de empirismo. El conservador desconfía del Hombre Nuevo. Además, Luri señala acertadamente que la organización de las revoluciones no es recta, más bien lo contrario, y que estas oscilaciones llevan casi inevitablemente al fracaso, pues los revolucionarios acaban por centrarse en la organización

de la revolución en vez de cumplir sus promesas iniciales (p. 17). No obstante, Luri omite mencionar que las revoluciones deben hacer frente a los riesgos de la contrarrevolución y la militarización social que en muchas ocasiones persiguen a las revoluciones.

Asimismo, el autor defiende que el conservador hace suyo el principio de libertad como una dimensión esencial del ser humano (p. 289). La libertad se puede valer de las instituciones liberales y republicanas que el conservadurismo refuerza dotándolas de arraigo. La libertad conservadora tiene más que ver con el derecho a réplica que con el derecho a hacer y decir a voluntad (p. 290) chocando con las páginas que le dedica a su crítica sobre la “imposición” de los discursos *políticamente correctos* (p. 200). La demanda de colectivos históricamente oprimidos que piden ser tratados en igualdad de condiciones puede considerarse precisamente como una réplica que ha sido silenciada durante muchos años. Sin embargo, Luri considera estas interpelaciones una imposición de la izquierda progresista contra los conservadores y uno de los elementos que nos llevan a la teatrocacia. Cierta caricaturización de los sectores de izquierdas es un elemento recurrente en la obra, y consideramos que resta peso a sus argumentos.

Otra limitación del ensayo es su eurocentrismo y la falta de tratamiento de la cuestión ecológico-social: ¿qué ideas conservadoras pueden defenderse sin un mundo que conservar? La exposición de Luri del conservadurismo queda incompleta, también porque no hay ninguna referencia a otras configuraciones de conservadurismo más allá de Europa. En países asiáticos como China, el conservadurismo parece ser comunista y ateo. En Irán, el conservadurismo islámico llegó al poder tras una revolución, contradiciendo algunas de las características con las que Luri describe a los conservadores y su ideología.

Cuando Luri argumenta por qué el conservadurismo es una ideología, enumera y desarrolla una serie de características comunes a todas, como una interpretación del mundo, una retórica o una orientación moral (p. 57). Ciertamente, el autor es convincente al desmentir que el conservadurismo no es únicamente la negación de la ideología; sin embargo, no logra desarrollar algunos conceptos que son claros en otras ideologías pero que en el conservadurismo resultan nebulosos. Por ejemplo, la descripción de la utopía conservadora es inconcreta; se describe como una comunidad prudente de ciudadanos educados y concienciados sobre la unión que hace posibles sus diferencias (p. 60). Pero esta explicación podría ser compartida por casi todas las ideologías políticas, por lo que no queda claro cuál sería la *politeia* utópica conservadora.

Gregorio Luri hace una apuesta arriesgada en España abogando directamente por el patriotismo, aceptando que existen mentiras que benefician al conjunto de

la sociedad (p. 272 y 273) y propugnando la “mentira noble” platónica. De este modo, se opone por ejemplo al historiador del nacionalismo Álvarez Junco, quien declara que las naciones son por naturaleza contingentes (p. 323). Aunque Luri emplea argumentos de autoridad para justificar la predicación de estas ilusiones colectivas (p. 326), termina por resultar poco coherente e insuficiente en su conjunto. Si el conservador es el escéptico crítico de la Modernidad, ¿por qué no vale “el cuento de hadas” revolucionario (p. 16) pero sí el patriota? Si las revoluciones bienintencionadas han derivado en conflictos destructivos como explica Luri, también las ilusiones patriotas pueden acabar en chovinismo y nacionalismo agresivo. Por lo tanto, ambas posiciones pueden ser víctimas de los mismos infortunios.

En definitiva, el libro recupera ideas de la tradición conservadora que siguen teniendo un valor importante en la actualidad, las reformula de manera excepcional y las introduce en el debate público aportando un punto de vista distintivo. Hay que agradecer ese esfuerzo de actualización, aunque el texto incurra en las inconsistencias que hemos señalado.

ALBA MARÍ, NATALIA VARGAS Y JESÚS VICEIRA

